

# I

El hospital de la Resurrección, en Dover, era el lugar al que iban a morir los españoles y los católicos de otras nacionalidades cuando sufrían un naufragio o eran capturados en acción de guerra contra Inglaterra. El abandono de sus muros, cuarteados en mil pedazos e invadidos de hiedra voraz, evidenciaba el escaso interés que la Corona otorgaba al destino de aquellos moribundos desafortunados. Por eso precisamente resultaba tan insólita la presencia del Lord Chambelán a las puertas del edificio, cuando apenas empezaban a rayar las primeras luces del alba.

Llegó el ministro despojado de los símbolos propios de la autoridad y embozado en una gruesa capa de color granate que impedía identificarle a simple vista. Le habían precedido algunos guardias encargados de su seguridad personal, que se disimularon convenientemente entre las umbrosas cavidades, detrás de algún crucero, acechando desde esquinas propicias.

El Lord Chambelán sólo tuvo que atravesar el portón enmohecido hasta el zaguán donde ya esperaba el hospedero mayor, tembloroso y aturdido. Tras emitir un gruñido a modo de saludo, el ministro exigió con un gesto

de impaciencia que cumpliera su cometido. El hermano hospitalero bajó la cabeza mostrando una nuca despejada que surcaban arrugas que parecían hundirse hasta el cráneo, y dio unos pasitos silenciosos, sumisos. Detrás del frailecillo avanzaba el Lord Chambelán, apenas contenida su impaciencia mientras recorrían las interminables naves del hospital.

Siguieron hileras de camas donde yacían cuerpos mutilados, quejosos restos humanos que dejaban escapar algún lamento sin esperanza. De tramo en tramo, en los espacios en que lograba ensanchar el estrecho pasillo que dejaban libre las filas de moribundos, se alzaba algún pequeño altar presidido por la escultura de un santo o virgen auxiliadora.

Cuando transitaban por aquellas capillas en donde reposaba algún féretro de madera podrida, los ingleses aceleraban el paso mirando para otro lado, mostrando su repugnancia ante la presencia de las imágenes talladas.

Por fin alcanzaron la sacristía, en cuyo umbral se detuvo el fraile hurgando entre los faldones de su hábito en busca de un manojo de llaves que no tardó en encontrar.

El arco de entrada era tan bajo que obligó al hospitalero –un hombrecillo de menguadas carnes– a encorvar la espalda, así que el Chambelán y sus acompañantes tuvieron que pasar tan agachados que enredaron espadas y capas. Tras el arco, apareció un féretro cubierto con un pesado capote militar y apoyado sobre unas angarillas. El ministro miró al fraile:

–¿Seguro que es él?

–Seguro –aseveró el hermano–. Vino en manos del mar a la muerte y se fue en manos de la muerte a Dios.

Sin necesidad de oír ninguna otra palabra, un miembro de la compañía de Jesús se acercó al cadáver, descubrién-

dolo con gesto decidido. El jesuita inspeccionó el cuerpo minuciosamente, hasta tocarlo casi con su rostro dejando caer sobre él su aliento agitado. Parecía disfrutar de un extraño placer desempeñando aquel cometido, sin que pudiera afectarlo el espantoso paisaje de heridas y mutilaciones que se ofrecía ante sus ojos, ni el evidente hedor que exhalaban las carnes desgarradas y sanguinolentas de aquel hombre recién muerto. Tras el minucioso reconocimiento, el clérigo alzó la cabeza, proclamando:

—Es él, señoría, sin lugar a dudas.

El Lord Chambelán ordenó que todos abandonaran la sacristía, quedando solos él y el jesuita. A los pies de las angarillas donde reposaba el cadáver, se habían recogido sus pertenencias personales en un gran arcón, que también guardaba una copia del testamento otorgado días antes de morir en presencia del capellán mayor del tercio del maestro de campo don Pedro Sarmiento. Cuando el ministro estuvo seguro de que nadie les observaba, comenzó a rebuscar en el interior del arcón, desparramando por el suelo sin ningún cuidado piezas de vajilla, manuscritos descoloridos de arte marítima, algunas camisas de valor y un cofrecillo rebosante de monedas y joyas.

El Lord Chambelán estaba furioso; en su rostro congestionado se insinuaban unas venillas amoratadas que parecían a punto de hacer estallar el robusto cuello oprimido por una lujosa gorguera, y comenzó a proferir voces furibundas que resonaron amplificadas en las bóvedas de la sacristía:

—¡Tiene que aparecer el tratado! ¡Tiene que aparecer, buscad por todas partes!

Aunque el jesuita sabía perfectamente a lo que se refería el Lord Chambelán, lo cierto era que el registro de las

pertenencias había sido concienzudo. De hecho, el arcón estaba completamente vacío y la herencia material de aquel desdichado se esparcía sobre las frías losas del hospital, muda e impenetrable a la voluntad de sus depredadores.

El jesuita introdujo decididamente sus manos en el forro de tela del féretro, tanteándolo alrededor del cuerpo sin vida, y luego en el ropaje que vestía el fallecido, pero su audaz esfuerzo resultó inútil.

Los ingleses permanecieron unos segundos inmóviles frente al féretro, repasando visualmente la escena como si hubieran pasado por alto algún detalle. Si su información era correcta, y no cabía duda que así fuera, el valioso documento que buscaban tenía que estar allí delante de ellos, hurtado de alguna manera a su avariciosa mirada.

El Lord Chambelán entregó el pliego que contenía el testamento al jesuita para que repasara la relación de bienes que figuraban en el ajuar funerario. Por un momento pasó por su cabeza la idea de que el hospitalero, aparentemente hombre manso y sencillo, fuera un agente al servicio de España y hubiera ocultado los papeles en un lugar seguro antes de su llegada, en cuyo caso habría que torturarlo hasta que confesara.

El soldado de Jesús leyó el testamento redactado en castellano sin que advirtiera omisión alguna en sus previsiones y mandas, ni entre los escasos bienes que legaba a sus sucesores. Experto en desvelar los mensajes cifrados del enemigo, releyó los párrafos escritos en un lenguaje típicamente protocolario, que tampoco le hizo sospechar que albergara algún doble sentido.

Cualquiera en su misma situación se habría rendido, pero él era un hombre astuto y perseverante. Tras largos años de intrigas conocía perfectamente la infranqueable

voluntad de los españoles, y que para vencerla había que sobreponerse con una mayor tozudez que la suya, más aún si se trataba de un capitán vasco. Miró otra vez el cadáver detenidamente, con tal intensidad que parecía capaz de insuflar nueva vida en aquel cuerpo inerte.

—Un momento, señorita, —se le iluminó el rostro—. Ya lo tengo, ¡lo ha ocultado en el uniforme de almirante con el que pretende ser embalsamado!

Con la misma decisión y falta de escrúpulos con la que había inspeccionado antes el cadáver, tomó una daga y comenzó a rasgar el forro interior del uniforme de terciopelo negro que vestía el fallecido. Al fondo de uno de los costados, la daga topó con un obstáculo invisible. Entonces, girando levemente el cuerpo, el jesuita extrajo un sobre lacrado que exhibió orgullosamente como si se tratara de un trofeo de caza.

El Chambelán le arrebató el sobre, que abrió con tal nerviosismo que desgarró la cubierta, extrayendo su contenido. Apartándose un poco, recorrió con ávida mirada los dibujos y la ordenada caligrafía que ocupaban cuatro arrugados pliegos en tal estado de humedad que hacía necesaria una inmediata reconstrucción.

Aquellos extraños diseños, la abigarrada sucesión de párrafos escritos con una letra feroz, apasionada y violenta hasta el punto de emborronar el lienzo donde el gesto del autor se había detenido dubitativo o febril, eran obra, sin duda, de una mano genial. Firmaba un inventor cuyo nombre no resultaba ajeno al jesuita: don Jerónimo de Ayanz y Beaumont, Comendador de Ballesteros, de la Orden de Calatrava.

—Ha prestado un servicio impagable a Su Majestad y a la causa de Inglaterra.

—Gracias, señoría —el jesuita agradeció las palabras de reconocimiento que le había dedicado el ministro, embriagado de una gran emoción.

Entre ambos guardaron cuidadosamente los pliegos incautados en un cartapacio. Antes de perder de vista para siempre aquellos documentos que había perseguido con tanto ahínco durante los últimos años, el clérigo releó el título que encabezaba las primeras líneas: “Memorial que trata de la Novísima Invención propulsada por la eyección de vapor”, dirigido a Su Majestad Católica y Cristiana, el rey de las Españas, don Felipe III.

Aquellos dibujos esquemáticos describían un prototipo de la primera máquina de vapor, que se había diseñado y probado eficazmente en la corte española, desbaratándose mediante la exitosa operación que acababa de culminar la posibilidad de que fuera aprovechada militarmente contra Inglaterra.

El Lord Chambelán había recibido órdenes precisas respecto al destino de los documentos incautados, que debían ser entregados personalmente al rey, así que puso de inmediato el cartapacio en manos del correo de Su Majestad, que abandonó el lugar fuertemente escoltado hacia un destino confidencial.

Se despidieron luego el ministro y el jesuita, casi sin cruzar palabra, como tratando de evitar que alguien pudiera ser testigo de su fugaz encuentro en aquel lúgubre edificio. Marchó el primero en un soberbio carruaje de paseo; el clérigo, solo y a pie, embozado en una capa descolorida que pareció ondear victoriosamente sobre los adoquines de la calle que conducía hasta el Hospital de la Resurrección.

En mitad de la sacristía, sobre el túmulo profanado a cuyos pies se esparcían sus humildes pertenencias, quedó

el cuerpo sin vida de aquel hombre cuya identidad y heroicas gestas muy pronto nadie recordaría.

El hermano hospitalero, aún conmovido ante la despiadada brutalidad de los recientes visitantes, acopió en silencio hasta el más ínfimo adarme del ajuar funerario. Recompuso luego la maltratada figura del marino cubriéndola de nuevo con su capote de campaña a la espera de que llegaran los embalsamadores, y salió cerrando tras de sí con un leve portazo, despreocupado ya de la suerte de aquel desgraciado al que dedicó, como acostumbraba hacer en todos los casos, un devoto responso entre silabeos casi imperceptibles:

—Descanse en paz, don Pedro de Zubiaurre.